

Breve historia natural de la seducción

Fernando Costa
Eduardo Gudynas

La seducción llena los espacios cotidianos del común de la gente. Vive y lucha modestamente en nuestras tareas diarias y se sublima en las telenovelas y películas que, también a diario, consumimos en nuestros hogares. No hay oferta más segura para la teleplatea de todo sexo y edad que un buen romance. Las predominantes telenovelas indican que una feliz combinación de amor, sexo, ambición y agresividad conforman el cóctel más apetecido por el público. El asunto es por qué. ¿Por qué estos temas que racionalmente catalogamos de cursis, reiterados y previsibles, nos atraen tan cursi, reiterada y previsiblemente?

Trataremos de responder a esta pregunta desde un punto de vista estrictamente biológico: una visión evolucionista sobre el cortejo animal y humano, sobre los porqués de la seducción entre varones y mujeres. Por tratarse de comportamientos, será la etología (de *ethos*, costumbres) la rama de la Biología llamada a tomar cartas en el asunto.

Sea con miradas, gestos o palabras, la seducción se desarrolla como una comunicación entre dos sexos. Comunicarse es uno de los más viejos atributos del cortejo y es común a buena parte de los animales. Sean las castañetas de los arroyos, los sapos de los bañados o los ciervos de las sierras, cada vez que macho y hembra inician un cortejo intercambian señales en un código que conocen ambos y que por lo general necesitó poco o nada de aprendizaje. Habitualmente son los machos quienes cortejan activamente a las hembras. Las hembras cumplen un papel más discreto pero no menos importante: estudian y seleccionan cuidadosamente al macho. La razón última de por qué esto tiende a ser así requiere dar algunos pasos atrás, que se resumen en el recuadro (¿Qué es una hembra y qué es un macho?).

¿Para qué sirve el cortejo?

En el cortejo se sucede una serie de comportamientos que cumplen diferentes finalidades. Estas conductas se van integrando entre sí para desembocar, si el éxito acompaña, en la cópula.

Persuasión. Su función principal es eliminar o aminorar los comportamientos no sexuales de la hembra, sea su indiferencia, su huida o muchas veces su ataque. Como es de esperar, predominarán señales de apaciguamiento, amistosas, tranquilizadoras...

Orientación. La seducción de pájaros, grillos, ranas y chicharras es bien conocida: cantan **sus** canciones de amor. Y recalamos el **sus** porque cada especie tiene su propia canción, diferente a la de las demás especies. Otros animales emiten aromas sexuales (feromonas), otros danzan grotesca o graciosamente, etc. Estas son formas de cortejo que ayudan al encuentro de la pareja y que simultáneamente informan que aquí hay un macho adulto, dispuesto sexualmente y de su misma especie (función de aislamiento reproductor del cortejo). Aunque el hombre no tiene posibilidades de equivocarse con otra especie, este último punto es sumamente importante para muchos animales, ya que confundir una novia con un depredador bien puede costar la vida.

Otra función es la de sincronización, donde la presencia del macho cortejante, por ejemplo, acelera la ovulación de la hembra y favorece su fecundación. Si el cortejo se extiende por período largo (noviazgo), los individuos van sincronizando sus actividades, conociéndose, tomándose los puntos uno al otro: si no hay deserción, la pareja puede establecerse con buenas posibilidades de coordinación y de éxito reproductor. Finalmente, los machos cortejantes con sus comportamientos exuberantes no sólo atraen a las hembras, sino que repelen a otros machos competidores. El cortejo sirve a la vez como señal que inhibe y desestimula a otros machos.

Las claves de la atracción

Por más que los machos exhiban los comportamientos más ostentosos, las hembras son las que deciden. En realidad, se sostiene que las hembras tienden a exagerar su timidez

precisamente para obligar a los machos a exhibiciones cada vez más exageradas. Estas exhibiciones la ilustran sobre la fuerza, habilidad, resistencia y persistencia de quien puede ser el padre de sus hijos, los cuales a su vez probablemente heredarán esas características que, si son favorables, le darán más nietos...

Para avanzar con éxito en la seducción, cada uno de los sexos apela a una serie de estímulos atractivos para el otro sexo.

En el caso del ser humano, esos estímulos incluyen una serie de atributos y comportamientos que comúnmente son referidos como belleza, apariencia o sex-appeal.

En general, a las mujeres les atraen el cuerpo más o menos musculoso, los hombres anchos y el trasero estrecho y firme de los varones. Estas características coinciden con un buen desempeño en los papeles que tradicionalmente ha llevado a cabo el varón: combativo, fuerte, cazador, caminador. A su turno, a los varones les atraen fuertemente los senos, la silueta (cintura estrecha y ensanchamiento de caderas) y el trasero femenino, así como el torneado de las piernas. Precisamente las costumbres y la moda hacen todavía más visibles estos atributos, subrayando su papel de estímulo sexual. Esto ha sucedido tanto en el pasado como hoy: el miriñaque exageraba las caderas y lo estrecho de la cintura; hoy hacen otro tanto las mallas de baño, que se eligen en pos de una figura ideal. El uso de prótesis y el recurso cada vez más frecuente a la cirugía estética son ejemplos extremos de esa tendencia, pero también ilustran sobre su importancia en los humanos.

Los senos parecen haber evolucionado no sólo para amamantar, sino también como un estimulante sexual de la mujer.

Su cuerpo graso los hace turgentes y llamativos. El estudio comparado con los demás monos superiores sugirió la idea de que los senos jugaron un papel importante en la aproximación sexual frontal. Mientras tanto, en los monos, la aproximación al coito se da por la espalda y las nalgas constituyen un estímulo clave privilegiado. La nueva posición bípeda del ser humano potenció la función atractiva del seno en pos de una importante reubicación en la relación sexual. El atractivo por los glúteos se mantiene posiblemente como persistencia de la aproximación antigua. Finalmente, la silueta con cintura estrecha indicaría madurez

sexual y simultáneamente juventud, etapa donde la mujer está en su máxima potencialidad reproductiva.

Todas estas características, tan simples como efectivas, coinciden con lo que los etólogos llaman estímulos claves, caracteres que despiertan respuestas estereotipadas y que se reconocen sin experiencia previa.

La seducción como proceso

Aún en las más diversas culturas, desde las primeras fases de aproximación hasta la realización del coito existe un cúmulo de características comunes que parecen propias del Homo sapiens. Este proceso básicamente consta de varias etapas.

La aproximación inicial es por lo general sutil o indirecta, con predominio de la comunicación visual. En el típico flirteo humano, la mujer mira por un instante directamente al varón, se sonríe y enseguida realiza una caída de párpados, moviendo ligeramente la cabeza hacia otra dirección. Esta conducta tiene una base innata, y lo que realizan los adolescentes uruguayos en el ómnibus lo repiten, casi de la misma manera, los jóvenes turkanos en Africa.

Si las respuestas son mutuas, comienzan los intercambios verbales, que sirven mucho a efectos exploratorios, incluyendo los piropos y otros halagos. Durante la seducción, ambos sexos apelan a las conductas infantiles y al uso de diminutivos en el lenguaje. Desde el punto de vista etológico, están operando estímulos que buscan reducir la agresividad y apaciguar al otro sexo, muy comunes en otros animales. Coincidentemente, son muy frecuentes los movimientos de asentimiento con la cabeza para reafirmar los acuerdos.

El mejor conocimiento mutuo y el mantenimiento de la atracción traen novedades en la relación: los contactos físicos “casuales” aumentan, la distancia promedialmente disminuye. La existencia generalizada de bailes con predominio de jóvenes tradicionalmente favoreció la vinculación y el contacto físico. Posteriormente aparecen las caricias, los abrazos y los besos. Se

atraviesa así la fuerte barrera del pudor, presente en todas las culturas.

El beso merece su propio capítulo. Es un comportamiento vinculatorio típicamente humano. El beso sexual probablemente evolucionó a partir del intercambio de alimentos boca a boca, por lo que se interpreta que es una característica de tipo infantil incorporada al cortejo. Como ya dijimos, estos y otros comportamientos infantiles son apaciguadores y, por lo tanto, favorecen la unión de la pareja al amortiguar las respuestas no sexuales.

El desarrollo de un proceso tan complejo de comunicación culmina en la cópula, el acto sexual que habilita la fecundación. Pero la seducción no termina allí. La propia cópula funciona como un fuerte mecanismo seductor, que cohesiona a la pareja. La mujer posee una característica muy peculiar, conocida como “ovulación oculta”. A diferencia de otras especies con esto evidente, el varón normalmente no puede saber cuáles son los períodos fértiles de su pareja, y esto se convierte en un fuerte determinante para que se mantenga a su lado. A ello se suma la propia vinculación del varón en la cría de los hijos. En otros animales esa tarea recae sólo en la hembra, pero en el ser humano se constituye un vínculo familiar, y los dos padres invierten en la protección y crianza de la descendencia. Este tipo de circunstancias ha favorecido la amplia difusión de una estrategia de reproducción monógama en nuestra especie.

Feromonas y perfumes: ¿El origen natural del sex-appeal?

Las feromonas son sustancias emparentadas a las hormonas, secretadas por glándulas particulares y –al contrario de las hormonas propiamente dichas- liberadas en el medio externo. En consecuencia, ellas no tienen efecto sobre el animal emisor, sino que influyen a otros individuos de la misma especie. En general se trata de sustancias que no ejercen ningún efecto fisiológico inmediato, sino que contribuyen simplemente a la comunicación social. Es decir, que juegan el papel de “desencadenantes químicos”, entendiendo por “desencadenante” a

todos aquellos producidos morfológicos cuya función sea suscitar una respuesta en otro animal.

Se puede calificar como tales a las sustancias llamadas “atractivos sexuales” presentes sobre todo en los insectos – algunos de los cuales pueden olerse entre ellos a una distancia de varios kilómetros-, las sustancias olorosas que marcan el territorio (orinas, materias fecales, sustancias glandulares) y las sustancias de alarma segregadas sobre todo por algunos peces que viven en bancos y por las hormigas cosechadoras. Además, las feromonas permiten el reconocimiento de los miembros de un grupo, el reconocimiento individual y, a veces, ofician de “mojón” –huella olorosa- que guía al animal hasta una fuente de alimentación.

En el ser humano, tanto los olores naturales –algunos de los cuales podrían considerarse feromonas- como los artificiales contribuyen a aumentar el estímulo sexual tanto en el hombre como la mujer. Asimismo, el disfrute de un placer sensorial extragenital, por ejemplo, vinculado al sentido del gusto, al hacerse consciente y corticalizarse (es decir, al involucrar a las capas superiores del cerebro o corteza cerebral), puede asociarse al erotismo oral y al placer sexual. Esto se debe a que la corticalización es una condición sine qua non para que la asociación de conductas y sensaciones sea posible.

Diversos estudios científicos, recientemente, han jerarquizado la importancia de la estimulación olfativa y la función de las feromonas en la sexualidad humana. Las feromonas humanas, que se producirían por metabolización de hormonas las cuales, serían capaces de desencadenar respuestas neuroendócrinas y comportamentales con orientación sexual.

Según el sexólogo Gastón Boero, “El vivir en las ciudades hace que se pierdan esos olores tan particulares (los humanos), y sean sustituidos por elementos contruidos, como por ejemplo el perfume: un olor agradable que atrae. Esto es válido no sólo para las mujeres sino también para los varones. Basta observar la publicidad del desodorante Lynx en la que aparece un muchacho semidesnudo atendiendo un teléfono, y las mujeres caen a sus pies. ¿Por qué? Por el olor. Eso son feromonas”.

¿Qué es una hembra y qué es un macho?

La pregunta parece tonta pero no lo es. Por ejemplo, en los animales, no todos los machos tienen un pene. Pero sí hay una característica diagnóstica: un macho es un bicho que tiene muchísimas células sexuales muy pequeñas, mientras que una hembra es aquella que tiene relativamente menos gametos, pero de mucho mayor tamaño. Obviamente, son los espermatozoides y los óvulos. El diferente tamaño de los dos tipos de gametos generará consecuencias importantes. La hembra cuidará celosamente sus gametos, un recurso limitado y costoso. Los asegurará, en tanto tiene mucho que perder. El macho, en cambio, arriesga menos. Millones de espermatozoides le cuestan muy poco.

Salteando muchos pasos, que representan millones de años en la evolución, estas características llevan a explicar varias de las diferencias que se observan entre los sexos en los animales superiores. Los machos son activos buscadores de hembras, se arriesgan, llegan a pelear y competir pues el número de descendientes dependerá del número de fecundaciones que realice. Las hembras no aumentarán su descendencia con múltiples cópulas; tenderán a la selectividad y a dilatar la elección, mostrándose menos activas. No debe olvidarse que la evolución –selección natural mediante– favorecerá siempre a quien deje mayor número de descendientes. Los machos lo lograrán por lo general con mayor número de cópulas; las hembras seleccionando bien a su pareja.

Fieles y pícaros

La especie humana es esencialmente monógama. Pero nuestro linaje evolutivo probablemente comenzó con un antropeoide polígamo, con machos que competían muy fuertemente por acceder al mayor número posible de hembras. Al instalarse la monogamia, las diferencias morfológicas entre los sexos disminuyeron, las competencias entre los machos se amortiguaron y se constituyó el vínculo de pareja estable, y de allí la familia.

La monogamia también está presente en otros animales, como en la mayoría de las aves. Pero tanto en ellas como en

nosotros siempre hay un pequeño porcentaje de individuos que entran esporádicamente en una estrategia polígama. Esos machos ganan con un aumento posible de su descendencia por cópulas extramaritales, aunque corren el severo riesgo de ser abandonados por su pareja. En numerosas culturas, la poligamia es aceptada socialmente , pero sólo unos pocos logran practicarla, ya que sus costos son enormes.

Material cedido por los autores al Centro de Estudios
Adlerianos para su publicación